

Mitología euskara

A muchos parecerá, tal vez, cosa baladí y de poca importancia el estudio de la mitología de un pueblo; y sin embargo, su examen y conocimiento se hallan íntimamente relacionados con el carácter y particular estructura del idioma que en él se habla.

Hasta hace pocos años, ha sido mirada la mitología como una especie de ciencia de interpretación, que no servía más que para revelar la idea encerrada en esas narraciones maravillosas, consideradas demasiado extravagantes para no envolver una significación oculta.

Pero, una vez adivinado el sentido íntimo de un mito, nadie creía que fuese posible penetrar mis adentro y determinar por qué esa idea había tomado tal forma con preferencia á tal otra.

Un sabio mitólogo, Mr. Breal, ha probado que es posible sorprender los mitos en el instante mismo de su aparición, y comprender la causa determinante de los caracteres que ostentan.

No, nos es lícito, porque lo veda lo angustioso de un artículo como este, el descender á las profundidades de una materia, que no hacemos más que rozar, limitándonos a una rápida revista de los mitos más interesantes de la Euskal-erría, y no ya de toda ella, sino tan sólo de una parte de la heptarquía euskara, esto es, de las antiguas provincias de Labourd, Soule y Baja-Nabarra, por ser las en que más arraigo conservan estas supersticiones.

Una de las que más antiguo abolengo ostentan, es la conocida con el nombre de Tártaro. Este viene á ser una especie de ciclope, que los

montañeses representan en forma de un ogro ó gigante de aspecto monstruoso, dotado de un inmenso ojo situado en mitad de la frente, el cual es la única parte vulnerable por medio de un asador incandescente que manejan los que quieren librarse de sus ataques.

Tártaro tiene grandes analogías con el Lubbar Friend de Milton, pero las tiene aún mayores con el Cíclope de la antigüedad.

¿Qué relación puede existir entre el Tártaro de los bascos y el Cíclope de la Odisea y de los clásicos griegos y romanos? Ante todo, conviene dejar sentado que la fábula ó mito del Cíclope no es exclusiva de los escritores griegos y romanos, ni siquiera de los pueblos de origen ario. En efecto, cuenta d'Abbadie, que, en uno de sus viajes, encontrándose en la costa occidental de Africa, á los 9° de latitud N., oyó referirla á una indígena que nunca se había separado de su tribu.

Es de notar también que para griegos y romanos, el mito de los cíclopes se localiza hasta la parte del Poniente de sus respectivas comarcas, como que en las obras de Teócrito y de Ovidio se señala como mansión de aquellos gigantes la isla de Sicilia.

Contemplando el extraño aspecto de un enorme ojo, que el disco solar ofrecía á su absorta mirada, allá en los últimos confines del horizonte, al terminarse el día, y acostumbrados al ver destacarse sobre aquel enrojecido fondo las siluetas de los elevados puntiagudos montes, en que se reflejaban las últimas reverberaciones del gran luminar, crearon, quizás, este mito, como producto del genio poético y antropomórfico que les hacía personificar todos los fenómenos de la naturaleza.

Ahora bien, según Humboldt, la isla de Sicilia era el límite de la región habitada por los bascos dentro del período de los tiempos históricos, y es probable que los griegos de la Magna Grecia recibiesen de los mismos, ya que no la idea, al menos, la forma especial de la leyenda.

Tal es la opinión de mi respetable amigo, el Reverendo Wentworth Webster expuesta en su obra *Basque legends, collected chiefly the Labourd*, en la que se inspira el presente artículo.

Heren-suge, ó sea la serpiente de siete cabezas, era un monstruo colosal, que apoyaba su cabeza en el Pico del mediodía de Bigorre, con el cuello extendido hacia Baréges, teniendo el cuerpo en el valle de Luz, Saint-Sauveur y Gédres, y la cola enroscada en una hondonada cerca de Gavarnie. Comía cada tres meses, y con solo la fuerza del aliento tragaba rebaños enteros hasta quedar aletargada. Para destruirla, juntaron los hombres todo el hierro de las montañas, fundiéndolo con el

fuego preparado con la madera de todos los bosques, aguardaron á que despertara, disponiendo la masa derretida de modo que la sorbiera en el momento de abrir sus inmensas fauces.

A no dudarlo, Heren-suge representa el mito de la tempestad que va asolando la tierra, y la acción fecundante del sol que devuelve á ésta su perdida fertilidad. La fábula es la misma que encontramos entre los indios, egipcios, y demás pueblos de la antigüedad. Probablemente, es un trasunto de la Hidra de Lerna, cuya muerte, atribuida á Hércules, se explica por los trabajos de los habitantes de Argos, poniendo fuego á los juncales de los pantanos, foco perenne de emanaciones nocivas para la salud pública.

El Baso-jaun se nos aparece, á veces, como un sátiro ó fauno, y otras, en forma de trasgo ó duende que se familiariza con los pastores, inspirándoles, al propio tiempo, un secreto terror.

Tiene gran semejanza con el Korigan de los bretones, que vive en los sombríos peñascales de Karnak.

La baso-andre la pintan algunos como una bruja, cuyos maleficios causan la muerte; mientras que otros la consideran como una especie de sirena terrestre, que habita en la espesura de los bosques.

Lamiñak. Vienen á ser unos seres sobrenaturales, que existen puramente en la imaginación del vulgo, careciendo de toda forma real, á la manera de las divinidades del Olimpo.

Esta creencia se halla difundida entre los habitantes de la costa; del mismo modo que acontece en Irlanda, Escocia y en Cornwall, según puede verse consultando las obras de Cornwall, Walter Scott y las Croker's Irish Legends.

La demolatría ó brujería se halla aún bastante arraigada, llamándose sorgiñak, á ciertas mujeres que, mediante un pacto con el demonio, adquieren la facultad de acarrear toda clase de males sobre las personas y los animales.

En el país labortano se persiguió con inaudita crueldad esta falsa creencia, como lo demuestran los numerosos procesos formados por el Canciller Pierre de l'Ancre, el cual, delegado por el Parlamento de Burdeos, condenó al suplicio de la hoguera á tantos infelices, víctimas de una alucinación, que contribuían á difundir los mismos medios que para su desaparición empleaban.

Además de las brujas, sorgiñak, se conocen las aztiyak, adivinas, que son unas pobres mujeres dedicadas á explotar la credulidad de la

gente sencilla, ofreciendo descubrir los arcanos del porvenir, por unas miserables monedas que se hacen entregar en remuneración de su servicio.

Además de las supersticiones hasta aquí enumeradas, existen narraciones de carácter fantástico, dignas de mención, porque presentan un sentido más humano que las demás, y por otra particularidad que merece fijar la atención.

Tal es la identidad ó paralelismo que se advierte en las formas de expresión de varios fenómenos celestes, en pueblos tan separados, por razón de su situación geográfica, y tan distintos por su origen, como son el pueblo bascongado y el pueblo inglés.

Efectivamente, en la interesante obra de Miss Frere «Old Deccan Days» se llama á la constelación de las Pléyades the hen and chickens, y en las leyendas bascongadas la oimos denominar olloa chituakin, la gallina y los polluelos.

Otra constelación, cuyo nombre es una versión del que nosotros usamos, es la de Orion: the three thieves, en bascuence iru lapurak, los tres ladrones.

También es notable la analogía de la denominación que en ambos pueblos se dá á la vía láctea ó camino de Santiago: en inglés The great pathway of light on which He went up, la gran vía de luz por la cual El subió á los cielos: en bascuence Erromako zubia, el puente de Roma (locución cristianizada).

Aunque aparentemente inútiles, no dejan de prestar estas analogías de elocución un verdadero interés al hombre estudioso, que busca en las formas del lenguaje y en los idiotismos, la clave de problemas de etnografía y de filología que están aún por recibir solución.

Ojalá que este humilde trabajo sirva de ocasión para que los hombres doctos aporten al acervo común de la ciencia los preclaros frutos de su saber y de sus profundas vigiliass.

MANUEL GOROSTIDI.

